



Vol. 12, No. 3, Spring 2015, 451-454

Review/Reseña

Hernán Loyola. *El joven Neruda. 1904-1935*. Santiago de Chile: Lumen, 2014.

La construcción de un Neruda dotado de historia concreta

Patricia Poblete Alday

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

¿Qué convierte a Neftalí Reyes en Pablo Neruda? La dialéctica entre person'a, autor y narrador (*yo poético*, diríamos en este caso con más precisión) revela toda su complejidad a la hora de acometer una labor biográfica. Con Paul de Man, asumimos que el relato de una vida es un artificio lingüístico que no puede sino formar una máscara; una identidad escurridiza, cambiante y equívoca, cuyo proceso constructivo ha sido materia de debate constante en los últimos años, a propósito del llamado 'giro subjetivo' y el auge de las narrativas del Yo.

¿Cómo se transforma aquel joven sureño en el poeta de renombre mundial? Ciertamente, la sumatoria de acciones que enhebran una vida, no

proporciona una respuesta suficiente; así como tampoco la búsqueda del sujeto tras el autor mediante el detalle de su obra poética. Consciente de dichas limitaciones, Hernán Loyola combina la crónica de los hechos debidamente contextualizada (la micro y la macrohistoria) con el análisis, minucioso y atento, de textos clave en la interpretación del proceso vital-creativo (indefectiblemente unidos) de Neruda. No se trata de explicar su vida por su obra y viceversa, sino de un interesantísimo y aún más complejo juego de espejos, luces, sombras y matices, por medio de los cuales el biografiado termina configurándose como un personaje en toda regla. Con ello no apelamos a la noción de máscara biográfica, sino a la construcción de un ser dotado de historia concreta y de producción palpable, pero sobre todo de intencionalidad y psicología. Esto es: un personaje *rotundo*.

La *Bildungsroman* resultante es la historia de una formación sentimental y poética, que se articula ya no en la lógica acción y consecuencia, sino en torno a una serie de ritos de pasaje en los que se reconoce la lúcida herencia de Joseph Campbell. El encuentro con los aspectos maternales, divinos y nutricios de la mujer (la nostalgia de Trinidad Candia, la *mamadre*, y la serena compañía de Delia del Carril), así como con sus facetas más oscuras y peligrosas (la indiferencia de Albertina Azócar, que lo descentra; la pasión casi psicópata de Josie Bliss, que lo aterroriza; la gelidez incomprensible de Maryka, o Maruca, madre de Malva Marina). La aparición del facilitador o ayudante: Federico García Lorca, cuya amistad sin duda le abre puertas. La reconciliación con el padre, que no es sino la obtención de su aprobación o la liberación de su yugo a través de la propia paternidad truncada. La búsqueda de su lugar en el mundo (manifiesto en los viajes) pero también, y por qué no decirlo, en el campo literario. No se trata, insistimos, de simple estructuralismo, sino del descubrimiento de la motivación que late, conscientemente o no, tras las acciones realizadas y las omitidas, tras lo dicho y lo callado, y que se manifiesta en el rico simbolismo que puebla la obra del poeta. Señala Loyola: “Oscuros y marginados seres naturales (la araña, el árbol viejo) son vehículos para la autorrepresentación degradada del adolescente mismo, cada vez más consciente de su conflictiva relación con los demás y el mundo” (50).

En este intento por definirse y situarse, Neruda transita por múltiples arquetipos, que va plasmando en sus obras: hijo, estudiante, amante, poeta, soldado, capitán. En estas sucesivas transformaciones, la trayectoria del héroe se revela no sólo horizontal y cronológica, sino sobre todo vertical y emocional: como un descenso hacia las profundidades del Yo—tributario del régimen nocturno de la imagen, descrito por Gilbert Durand—para retornar, desde ahí, hacia el mundo de la luz y entrar en comunión real con los demás (que es el punto en el que el libro se detiene).

El autor de esta *bio-bibliografía novelada*, si se nos permite el término, no requiere presentación como estudioso de la vida y la obra de Pablo Neruda. Pese a ello, antes que establecer verdades últimas y certezas absolutas, Loyola fabrica hipótesis de lectura y elucubra fundadamente las razones de su personaje; se permite la duda, y señala con honestidad los puntos ciegos de su historia. Podría pensarse que, a la luz de su vasta investigación, y previas publicaciones sobre la obra del poeta, este nuevo libro redundaría en datos y reflexiones; sin embargo, es notable cómo a partir de nuevos hallazgos (que no se listan aquí para no arruinar la expectativa del lector), el autor re-examina críticamente afirmaciones que él mismo ha realizado en el pasado, y reformula pautas interpretativas, siempre dando cuenta de la evidencia que las autoriza. Con ello, *El joven Neruda* termina siendo, además, la inspiradora bitácora de un lector minucioso que inspecciona su propio historial de lectura y lo corrige públicamente cuando es necesario.

Otro temor razonable en el lector puede surgir de la cercanía emocional de Loyola con su biografiado. La amistad que los unió, y el hecho de que el primero haya dedicado su vida al estudio del segundo, pueden hacer saltar a priori, y comprensiblemente, los resortes de la sospecha. ¿Se trata de una defensa de Neruda, de una loa, una apoteosis? ¿De un lavado de imagen respecto a ámbitos polémicos de su vida? ¿De un ajuste de cuentas con críticos poco amigables? Obviando el asunto de la imposible objetividad, diremos que Hernán Loyola no “toma partido”, sino que asume responsable y lúcidamente el lugar que todo narrador debe ocupar para enfocar a su personaje. Por lo tanto, creemos que más pertinente es la pregunta por esa posición, por ese ángulo, desde el cual se mira. En ningún

caso Loyola cae en el panfleto nerudiano, pero sí revela, de manera clara y honesta, que está del lado del personaje que construye, no contra él. Que procura entenderlo, no juzgarlo. Y que quienes lo han hecho quizás se han conformado con la chatura y la unidimensionalidad del mito, en vez de bucear hacia las complejidades del héroe. Afirma el autor:

No hay ningún “enigma Malva Marina”: hay sólo un horrible drama familiar. En lo profundo, la vida con Maruca pierde definitivamente todo sentido futuro para Neruda. (...) Sin embargo, Pablo no deshace la familia (siempre le fueron difíciles las rupturas conyugales) y quizás habría seguido junto a Maruca y Malva Marina si no hubiera estallado la Guerra Civil. (487)

Desde otra posición, el enfoque de este tipo de episodios y la revelación de detalles sabrosos de la vida sentimental del poeta, bien podrían haber dado como resultado un libro de cotilleo literario, o de desclasificación de archivos sin más afán que el anecdótico. Lo que aquí se nos presenta, por el contrario, es el resultado de una labor tan seria como hercúlea (a propósito de heroicidades...), cuyo valor para los nerudianos y estudiosos de la literatura es tan evidente, que no cometeremos la torpeza de justificarlo. En lugar de ello, concluiremos alabando las dotes narrativas del autor, que a diferencia de tanto biógrafo que abusa de datos y cifras, es capaz de construir un relato fluido y apasionante, exhibiendo en el proceso una prosa prolija, deliciosa y elegante; demostrando que, además de un biógrafo concienzudo, es un estupendo narrador.